



Del snob al gestor: una propuesta kuscheana para re-pensar al sujeto político desde el peronismo

From the Snob to the Agent: a Kuschean Proposal Rethinking the Political Subject from a Peronist Perspective

Juan Ezequiel Rogna¹

Universidad Nacional de Córdoba/CONICET
jerogna@gmail.com

Modo de citar: Rogna, J., E. (2016). Del snob al gestor: una propuesta kuscheana para re-pensar al sujeto político desde el peronismo. *Pelícano*, 2. Recuperado de <http://revistas.bibdigital.uccor.edu.ar/index.php/pelicano/article/view/1121>

Resumen

Rodolfo Kusch (1922-1979) formó parte de la “generación Contorno” nucleada alrededor de la revista dirigida por los hermanos Ismael y David Viñas. Sin embargo, su temprano alejamiento le permitió ensayar respuestas alternativas en relación a cuál era el sujeto histórico revolucionario habilitado por el peronismo y cuál era, a la vez, el sujeto contrarrevolucionario alumbrado por la concreta experiencia histórica de nuestro país. A los fines del presente trabajo, consideramos factible y productivo el cotejo de algunos filones de su pensamiento con las posiciones desarrolladas contemporáneamente por Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui y Arturo Jauretche. De manera específica, proponemos un recorrido por sus respectivas caracterizaciones de la pequeña burguesía, en la que participa el sujeto letrado o intelectual.

Por nuestra parte, entendemos que el pensamiento de Kusch estuvo volcado, en buena medida, a reflexionar sobre la constitución de un sujeto filosófico y político que se correspondiera con la conciliación de

clases propuesta por el justicialismo. En este sentido, la doctrina de Perón, tendiente a la generación de una amalgama policlasista que tuviera como elemento aglutinante a la llamada “conciencia nacional”, constituía para Kusch una sugestiva apuesta política que encerraba un problema existencial de primer orden.

Palabras clave: Rodolfo Kusch, peronismo, sujeto político, pueblo, pequeña burguesía.

Abstract

Rodolfo Kusch (1922-1979) was part of the “Generation Contorno”, which was centred around the magazine directed by brothers Ismael and David Viñas. His early departure from the magazine, however, allowed him to attempt alternative responses to the questions as to what was the revolutionary historical subject enabled by Peronism and what was, in turn, the counter-revolutionary subject informed by the concrete historical experience in Argentina. For the purposes of this work, we deem as both feasible and productive the comparison and contrast between some parts of his thinking and the respective stances taken by Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui and Arturo Jauretche. Specifically, here we propose a review of each one’s characterization of the petty bourgeoisie, of which the learned or intellectual subject forms part.

In our view, Kusch’s efforts were focused, to a great extent, on reflecting upon the construction of a philosophical and political subject which would match the conciliation of classes proposed by Justicialism. In this sense, Perón’s doctrine, which tended towards the creation of a policlassist amalgam with “national consciousness” as the bonding element, was for Kusch an interesting political bet involving an existential problem of the highest order.

Key words: Rodolfo Kusch, peronism, political subject, people, petty bourgeoisie.

1 Dr. en Letras. Profesor adscripto en las cátedras Pensamiento Latinoamericano y Literatura Argentina II y profesor invitado en el Seminario del Cono Sur (Escuela de Letras, FFyH, U.N.C.). Becario del CONICET y miembro del equipo de investigación nucleado en el proyecto “Literatura y política: construcciones de lo popular y representaciones sociales en la literatura argentina”.



Introducción: el peronismo revisitado

Luego del derrocamiento de Perón en septiembre de 1955, comenzaron a aparecer una serie de publicaciones que proyectaron al plano discursivo el enfrentamiento entre la autoproclamada Revolución Libertadora y la naciente Resistencia Peronista. Esto se plasmó, por un lado, en el número especial de la revista *Sur* editado en diciembre de ese año. Fundada en 1931 y bajo la constante dirección de Victoria Ocampo, la publicación nucleaba a los más importantes intelectuales y escritores liberales de nuestro país. A contrapelo de su habitual línea editorial, la edición 237 tomaba distancia de la literatura y de la crítica estética para “meter las patas” en las fuentes de la política, celebrando la caída del *tirano prófugo* y ensalzando la misión de la Revolución anti-peronista. En consonancia con esta posición, aunque con sus matices, durante los meses subsiguientes aparecieron ensayos como *Qué es esto* (1956) de Ezequiel Martínez Estrada o *El otro rostro del peronismo* (1956) de Ernesto Sabato. Por otra parte, la caída de Perón y la proscripción del peronismo a partir del '56 impulsaron la consolidación de un frente político-intelectual que salió a la palestra con intenciones de polemizar con aquellos agentes de la cultura que volvían a ocupar su histórica posición hegemónica. Para ello, en numerosas ocasiones se sirvieron de textos publicados por los propios políticos e intelectuales “libertadores” con la finalidad de desmenuzarlos y añadirle espesor histórico a sus planteos. Los integrantes de este frente afirmaban, por entonces, que en el anti-peronismo subyacía una larga tradición intelectual anti-popular derivada de la *colonización pedagógica*, y en contraposición, interpretaron al peronismo como la re-emergencia de las masas populares en la historia de nuestro país. Este frente reunía, entre otros, a Jorge Abelardo Ramos, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Fermín Chávez, John William Cooke, Juan José Hernández Arregui, José María Rosa y Rodolfo Puiggróss. Confluían allí tendencias políticas e intelectuales que iban desde F.O.R.J.A. y el radicalismo yrigoyenista hasta el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y el revisionismo histórico, pasando por una flamante *izquierda nacional* que

intentaba conjugar marxismo e interpretación de la realidad nacional.²

Por otra parte, en esos años floreció la llamada “generación *Contorno*”, es decir, jóvenes con formación preeminentemente de izquierda que emergieron al campo intelectual a través de la revista dirigida por los hermanos Ismael y David Viñas. Pero más allá de su matriz de pensamiento, *Contorno* no se diferenció sustancialmente de *Sur* en la defenestración del peronismo y en su autoconfiguración como portadora de una “racionalidad” inexistente en aquel “régimen” demagógico. En este sentido, seguimos a Pablo Heredia cuando identifica a ambas publicaciones como constructoras del imaginario antiperonista que se explicitó con la Revolución Libertadora.³

2 En *Peronismo y pensamiento nacional (1955-1973)* Pablo José Hernández recordaba al editor Arturo Peña Lillo cuando, en sus *Memorias de papel*, afirmó que los actores de este frente se sintieron llamados “a explicitar, tanto a los libertadores como a los propios partidarios, qué fue el peronismo. A la tesis de que era un estado emocional, era preciso oponerle la categoría racional de proyecto de nación soberana, había que repensar la historia social y económica.” (Hernández, 1997, p.43.) Más adelante, Hernández agregaba que este tipo de reflexión se vio posibilitado por el hecho de que en esos años “(...) era el peronismo y su posición ante él, y no las diversidades ideológicas, lo que marcaba la divisoria de aguas.” (p.76.)

3 Heredia cotejó el número 237 de *Sur* con el número 7-8 de *Contorno* (julio de 1956) y sostuvo que:

Si bien los intelectuales que escribieron en este número de *Contorno* no ‘alinean’ sus discursos a un homogéneo antiperonismo como en el caso de *Sur*, comparten, de modo heterogéneo, el interrogante que abre la tesis de que el peronismo, si bien no fue un movimiento revolucionario, movilizó al proletariado otorgándole, sin esfuerzos para él, derechos y beneficios que nunca antes en la historia había tenido. El antiperonismo se presenta menguado de esta manera y apunta a un principio intelectual que persigue el registro de una cristalización ‘sincera’ del lugar que ocupan los intelectuales con respecto al proletariado peronista. (Heredia, 2014, p.92.)

En el análisis de los artículos, se destaca la lectura de León Rozitchner sobre la manipulación de las masas por parte del peronismo, al que calificaba como un movimiento burgués. Heredia señala: “(Rozitchner) describe el gobierno peronista a través de la corrupción, el fraude y la tortura, pero le agrega que si sucedió se debió a que esa política represiva ya existía ‘en nosotros’, la burguesía bien-pensante.” (p.123.) Esta posición, como veremos, abre una dimensión psicológica sobre la clase media que bien podría contraponerse con la de



En el caso del filósofo Rodolfo Kusch, cuyo grupo de pertenencia inicial fue *Contorno*, su temprano alejamiento le permitió ensayar respuestas alternativas en relación a cuál era el sujeto histórico revolucionario habilitado por el peronismo y cuál era, a la vez, el sujeto contrarrevolucionario alumbrado por la concreta experiencia histórica de nuestro país. Este recorrido permanentemente transicional ubicó a Kusch en el lugar incómodo donde aún hoy se mantiene: dentro de nuestro campo intelectual, por un lado se perfila como predecesor de la Filosofía de la Liberación, movimiento que a la vez co-fundó a principios de los '70; pero también puede ser considerado como piedra de toque para el pensamiento ecologista de nuestro país; y también como forjador de una particular línea de crítica y creación estéticas; y además –y eso es lo que nos interesa en el presente trabajo- resulta factible comparar algunos filones de su pensamiento con las ideas desarrolladas por Jauretche o Scalabrini Ortiz, Ramos o Hernández Arregui. En este sentido, consideramos factible y provechoso examinar sus caracterizaciones de la pequeña burguesía en la que participa el sujeto letrado o intelectual.

El tercero en discordia

Bajo el dualismo civilización/barbarie encarnado en sendos paradigmas culturales a los que podríamos llamar letrado-culto e iletrado-popular, se conformó la matriz de comprensión política y valoración estética en nuestro país. Sin embargo, este dualismo puede ser complejizado si nos detenemos en la constitución subjetiva de los individuos identificados como pequeños burgueses. Éste fue un desvelo que en cierta manera Kusch compartió con otros intelectuales de *Contorno*, pero creemos que puede desmarcarse de aquel espíritu “autocrítico” si lo asociamos con otros pensadores contemporáneos como Ramos, Jauretche o Hernández Arregui. Repasemos sus respectivas caracterizaciones de la pequeña burguesía y pongámoslas en cotejo con la propuesta kuscheana.

De Jorge Abelardo Ramos, recordemos el carácter de garantes del *statu quo* imperial que le atribuyó a los sujetos civilizados-cultos-letrados

que, en los países semi-coloniales como el nuestro, ven moldeada su subjetividad por los dispositivos de la colonización pedagógica. En otros términos, estos sujetos, a través de su accionar específico, en la Argentina representan una fuerza contrarrevolucionaria de primer orden. En el apartado “La cultura satélite bilingüe” de *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, lo expresaba de la siguiente manera:

Los seudointelectuales de nuestro país, educados en esta escuela de imitación, expresan invariablemente su aversión a una teoría de lo nacional que los explica y los niega. De ahí que acepten el nacionalismo de los europeos, esto es el nacionalismo imperialista de un Eliot o un Valery, cuyo tema constante es la averiguación de las hazañas culturales o históricas de su propio país. Pero rechazan al mismo tiempo el derecho de reivindicar o desarrollar nuestra propia tradición nacional, sin cuya afirmación no puede probarse el derecho de un país a pertenecerse (Ramos, 1954, p.13).

A pesar de la constatación de ese estado de cosas, o quizás a raíz de la misma, hacia el final de la obra Ramos propugnaba por una “resurrección” de nuestra literatura dentro del marco ampliado por una perspectiva latinoamericanista. Sin embargo, al efectuar un movimiento desdoblado entre la crítica a un oponente político-intelectual que comparte su misma condición de clase y un postrero sesgo propositivo y esperanzador, dejó sin explicitar el camino que propiciaría el desarrollo de una conciencia nacional. En otras palabras, lo que no se alcanza a ver con claridad en el libro de Ramos es cómo superar por la vía del marxismo ese condicionamiento “seudointelectual” que porta el pequeño burgués, más allá de las disputas en torno a la configuración del canon intelectual desde una u otra tradición. Por el contrario, quedaban disgregadas allí dos esferas, una europeizante y otra nacional, que en la práctica estaban imbricadas, aunque los pequeños burgueses liberales y los pequeños burgueses nacionalistas, con sus miradas constreñidas por las coyunturas, no estuviesen en condiciones de asumirlo.

Kusch.



Por los mismos senderos de la izquierda nacional anduvo Juan José Hernández Arregui. Al igual que Ramos, Jauretche o Kusch, en *Imperialismo y cultura* (1957) adoptó como blanco principal de sus críticas a la facción liberal que aplaudió desde las páginas de *Sur* la llegada de la Revolución Libertadora. Apuntando especialmente a sus plumas más representativas, fueron forjando una lista que de modo casi invariable incluía a Martínez Estrada, a Borges y a Sábato. El texto de Hernández Arregui, además, hacía explícito el paralelismo entre el “retorno al coloniaje” derivado del Plan Prebisch y el simultáneo retorno a las primeras planas de los intelectuales y profesores universitarios que habían surgido a la vida pública entre 1930 y 1943. De manera particular en el capítulo titulado “El Imperialismo y la pequeño-burguesía en los países dependientes”, y de manera aún más explícita en el pasaje “La clase media como fuerza de control”, el autor analizó el temor al cambio sobre el que se asentaban los resortes psicológicos de un sector social que:

(...) a diferencia de la burguesía y el proletariado muy homogéneas en su composición de clase y en sus valorizaciones sociales, ofrece desigualdades de composición, asimetrías de nivel y diversidades ideológicas en sus diversos estratos componentes (...) y esta diversidad de composición se expresa en una forma extrema de individualismo y en cierta resistencia a la solidaridad social organizada (...) (Hernández Arregui, 1973, p.212).

Más allá del molde un tanto estereotípico en el que se asentaba su apreciación sobre la burguesía y el proletariado como un todo monolítico, lo que nos interesa destacar en Arregui es la novedad dada por el carácter errático de la “clase media”. En este sentido, más allá de ser una fuerza de control impelida por el miedo a la propia inestabilidad, por sus preceptos morales como anhelo de estabilidad, por su individualismo como certeza de superioridad y por su idealismo como “interpretación engañosa de la propia situación social”, el autor arrojaba una distinción fundamental al señalar que:

(...) al mismo tiempo, los sectores menos favorecidos de la pequeño burguesía, amenazados de pauperización real, se incorporan a la lucha del proletariado, aportando una conciencia política derivada de la mejor comprensión teóricas de las contradicciones del proceso social en su conjunto (p.214).

Como vemos, aquí se explicita el dinamismo presentado por un sector de esa pequeña burguesía que no sólo podía desligarse del rol de “fuerza de control” y la imitación de clases superiores, sino que también podía generar empatía con la clase proletaria, asumiéndose como su vanguardia ideológica. Ahora bien: ¿cómo es posible que justamente las franjas “menos favorecidas” de una pequeña burguesía que teme parecerse a las clases bajas fueran las llamadas a generar empatía? O en otros términos, extraídos del mismo autor: ¿de qué manera los individuos allí identificados evitarían el “encandilamiento” de “su encumbramiento material” y “la posibilidad de adquirir una cultura superior” según una “actitud mental que acentúa su separación del pueblo, es decir, de sus cercanos orígenes” (p.214)? No hay respuesta a tal dilema en estas páginas de Hernández Arregui, que tienen el mérito no menor de dejarlo planteado.

Respecto de Arturo Jauretche, desde una posición inscripta en el llamado *pensamiento nacional* retomó y desarrolló el concepto de colonización pedagógica enunciado por Ramos. A la vez, destinó una de sus obras más emblemáticas al tratamiento de *El medio pelo en la sociedad argentina* (1966). En ese libro, por otra parte uno de los más orgánicos de su legado bibliográfico, Jauretche dirigió su exégesis nacional hacia una revisión histórica, política y económica que permitiese comprender cómo se fue constituyendo y consolidando un sector que, a diferencia de la clase alta, de los trabajadores y “el grueso de la clase media”, detentaba “una posición equívoca en la sociedad” (Jauretche, 2010a, p.16). Como vemos, en este punto la sintonía con Hernández Arregui es total. Ahora bien, siguiendo a Jauretche, dicha posición derivaría de “la situación forzada de quien trata de aparentar un *status* superior al que en realidad



posee” (p.16). En este sentido, el “medio pelo” vendría a constituirse como una traducción vernácula del *snob*. Detengámonos sobre este término.

Si bien existen diversas teorías sobre el origen del vocablo, todas apuntan a señalar que es una contracción de la expresión latina *sine nobilitate* (“sin nobleza”) y que su tradición literaria más nutrida proviene de Inglaterra. Es interesante observar que el filósofo español José Ortega y Gasset, en el Prólogo para franceses de *La rebelión de las masas*⁴, atribuyó el esnobismo al “hombre-masa”, es decir, al obrero que atacaba al “viejo liberalismo” y defendía las “disciplinas llamadas ‘internacionales’” (Ortega y Gasset, 1983, p. 17). Para Ortega y Gasset, cuyo pensamiento debe ser revisado si queremos comprender el sustrato ideológico del grupo *Sur*, este hombre-masa “tiene sólo apetitos, cree que tiene sólo derechos y no cree que tiene obligaciones: es el hombre sin la nobleza que obliga –sine nobilitate- snob”⁵. Es posible entrever, ya en esta brevíssima reseña, que el dilema se instauraba entre el individuo y el hombre-masa, o bien entre una selecta minoría y la muchedumbre. Simultáneamente, el autor identificaba al snob con este segundo grupo y señalaba que la mayor amenaza, ahora que “de pronto” se había hecho “visible” instaurándose “en los lugares preferentes de la sociedad” (p.41), era la creciente hegemonía de lo vulgar que “no siente que existe sobre el planeta para hacer algo determinado e incanjeable, (y) es incapaz de entender que hay misiones particulares y especiales mensajes.” (p.18)

Las consideraciones que brindó José Donoso en su Prólogo a *El libro de los snobs* de William Makepeace Thackeray vienen a complejizar sus caracterizaciones posibles. En principio, porque Donoso leía a través de la tradición literaria inglesa que halló en Thackeray una certera definición: “El snob es aquel que

mezquinamente admira cosas mezquinas.” (Thackeray, 1976, p.7) Dentro de esta tradición, marcaba en dicho Prólogo, pueden encontrarse numerosos ejemplos que se remontan hasta el retrato de la abadesa Sor Eglantina que Chaucer hizo en sus *Cuentos de Canterbury*, así como también diferentes orígenes del vocablo que se distancian de aquél que Ortega y Gasset daba por seguro. Por otra parte sostenía que, aunque resultase molesto, debía admitirse el snobismo que fluye de uno mismo, ya que “seguramente existen escasos seres en cualquier capa social cuya conducta no haya sido definida alguna vez por esta peculiar forma de envidia que es el esnobismo, ya sea consciente y reconocido, ya sea oculto y vergonzante.” (p.7) Asimismo, destacaba la ironía practicada por el autor victoriano, quien podía reírse a través de su propia identificación con los snobs e incluirse simbólicamente dentro de la condena moral que desprendían sus ridículas semblanzas. Por su parte, el propio Thackeray, en la serie de artículos dedicados a retratar a los snobs ingleses desde su irónica auto-asunción, dibujó un friso social que abarcaba a snobs aristócratas, mercaderes, militares, eclesiásticos, universitarios, literarios, sibaritas, viajeros, rurales, clubistas, jugadores, etc.; un friso cuya amplitud habilitaba la tesis de Donoso acerca del snobismo como “una manifestación de la personalidad en su comportamiento social, no privativa de la alta burguesía” (p.13).

Volviendo a Jauretche, podemos decir que su concepción del medio pelo no concuerda con el hombre-masa de Ortega y Gasset ni, a la manera de Donoso, sus cualidades resultan consideradas como “un rasgo del comportamiento humano” (pp.7-8). A diferencia del chileno, el linqueño lo identificaba con un sector específico de la sociedad; y a diferencia del español, ese sector era la pequeña burguesía argentina. La “posición equívoca” del snob en nuestra sociedad se daría, entonces, en “el ambiguo perfil de una burguesía en ascenso y sectores ya desclasados de la alta sociedad” (Jauretche, 2010a, p.17). A raíz de su ambigüedad, el medio pelo entendido como snob no encarna cabalmente ni al paradigma cultural letrado-civilizado ni al iletrado-popular; mas en su afán por adquirir la *alta cultura* que admira y

4 El libro fue publicado en 1929, pero el mencionado prólogo data de la edición francesa de 1937.

5 Acto seguido, el autor colocaba una nota al pie de página en la que, sin citar fuentes, aseguraba que “el origen de la palabra snob” se dio en Inglaterra, cuando en “las listas de vecinos (que) indicaban junto a cada nombre el oficio y el rango de la persona”, la abreviatura *s. nob.* se utilizó para identificar a “los simples burgueses” (p.17).



diferenciarse de aquel sector de la sociedad al que desprecia por bárbaro e inculto, recae en consumos culturales específicos. En *Filo, contrafilo y punta* (1964) Jauretche había empleado los términos *tilingo* y *guarango* para diferenciar los perfiles sociales que podrían haber derivado de la burguesía que emergió con la industrialización pre y propiamente peronista. De haber reconocido su procedencia popular, ese sector social habría sido *guarango*, es decir, la oligarquía lo habría acusado de tener “mal gusto” pero habría tenido un gusto propio. Sin embargo, al negarla, quiso imitar a esa oligarquía y se convirtió en *tilingo*, refinando sus modales al precio de “desnacionalizar” su conciencia. De allí que el objetivo principal de la prédica jauretcheana haya sido “nacionalizar la conciencia” de los sectores medios. Por otra parte, en esa misma obra había distinguido entre “snobs auténticos” y “snobs de magoya”, tomando a Victoria Ocampo y a Jorge Luis Borges como ejemplos paradigmáticos de los primeros y a “todos (los) hijos de tanos, gallegos, vascos, turcos, judíos y criollos secos, que se amontonaron en la SADE, en *Sur* y en *La Nación* de los domingos” (Jauretche, 2010b, p. 12) como encarnaciones de los segundos. Repasado este antecedente, permítasenos rectificarnos: el medio pelo no sería el snob a secas sino el “snob de magoya”, y su postura constituiría, según el autor, “una traición deliberada, una evasión del país y de la responsabilidad nacional al precio del prestigio, la fama, la consagración” (p.12). Por su parte, los “snobs auténticos” responderían a su condición aristocrática, orientada históricamente a desarrollarse “al margen de la vida real” y de acuerdo a modelos importados.

Por último, creemos que es interesante señalar cierto lazo congénito entre el surgimiento del “snob de magoya” o medio pelo, así como también de su función social en los países semi-coloniales, y el desarrollo de la cultura de masas. Es decir que, así como el pequeño burgués resulta el “tercero en discordia” que rompe con el dualismo establecido entre las clases “alta” y “baja”, la cultura de masas es “la tercera en discordia” que viene a modificar la relación bipolar entre lo que llamamos paradigmas letrado-culto e iletrado-popular. Éste es, justamente, el modo

que Ana María Zubieta y otros autores (2000) eligieron para denominarla en su recorrido por las genealogías de conceptos tales como: cultura *dominante, burguesa, legítima, culta* y/o *letrada*, por un lado; cultura *dominada, popular, proletaria* y/o *contracultura*, por el otro; y *cultura de masas* como la tercera esfera a indagar.

Vayamos ahora a Kusch, en cuya obra el término *pueblo*, como señalaba el propio autor, era empleado para designar al “hombre real” de la América actual que “no es totalmente moderno ni totalmente indígena” (Kusch, 2007b, p.225). En este sentido, Kusch excluía a la clase media “estéril” que se desvive por “ser alguien”, es decir, por concretar la imagen que tiene de sí a través de un determinado quehacer. Pero al no suscribir teóricamente al marxismo, no discriminaba al sujeto americano en términos de *clase social* y en su definición de *pueblo* incluía también a los sectores medios. Esto resultaba posible dentro de su planteo porque, más allá de la colonización pedagógica ejercida fundamentalmente sobre los sujetos pequeño-burgueses, existiría una “popularidad interior” subyacente a la inculcada cultura europea. Cabe aclarar que, de manera semejante a los autores anteriormente reseñados, Kusch atacó en sus primeros escritos a los sostenedores de un estado de “neurastenia literaria”. Pero todos ellos luego comprendieron que la literatura era sólo una expresión significativa de fenómenos culturales más amplios en los cuales se enmarcaba. Por ello, sus respectivos senderos teóricos y críticos fueron escudriñando mecanismos políticos y culturales de implicancias fundamentales para la interpretación de la realidad argentina. Del planteo filosófico de Kusch, queremos remarcar su distinción entre dos modalidades de pensamiento, el *pensar causal* y el *pensar seminal*, así como también el carácter complementario que les asignó al comprenderlos como partes de un *pensar total*. Debemos hacer hincapié, a la vez, en la correspondencia entre el primer tipo de pensar y el paradigma cultural civilizado-letrado-culto asentado, de acuerdo al desarrollo filosófico moderno occidental, en el vector causal que busca generar soluciones desde la racionalidad pragmática. Por su parte, el *pensar seminal* vendría a corresponderse con el paradigma



bárbaro-iletrado-popular- que, de acuerdo a ese mismo desarrollo filosófico moderno occidental, se asienta en el vector seminal que persigue la salvación más allá de las cosas nombrables.⁶

Ahora bien, decíamos que uno de los principales desvelos de Kusch, así como también de otros pensadores contemporáneos preocupados por la nacionalización de la conciencia argentina (y, por extensión, “latinoamericana” o “americana”) era identificar tanto al sujeto revolucionario como contrarrevolucionario de su época. Siguiendo este desvelo, Kusch descendió de toda voluntad metafísica para tratar con los hombres concretos de su tiempo. En este sentido, la relación dicotómica que estableció en un principio entre *indios* y *porteños* como si fuesen un negro y un blanco absolutos, fue transmutando en una suerte de *yin yang* budista en el que cada uno de los elementos contiene en su interior el germen o la “semilla” del término opuesto.⁷ De acuerdo con este nuevo emplazamiento, Kusch planteó (contrariamente a lo que afirman algunos de sus críticos), que una existencia asentada en el vector afectivo no rechaza por principio al vector causal y sus “soluciones técnicas” (lo cual sería un absurdo, puesto que todas las culturas indígenas desarrollaron las propias) pero sí lo hace si esta “solución” no se consagra, es decir, no participa del horizonte de salvación sin el cual se desfonda el molde vital donde se asienta toda cultura. Paralelamente, comprendió que algo de *bárbaro indio* cundía bajo la piel del *civilizado porteño*, curtida por libros y datos que tendían a

escindirlo de su contexto vital; y a la vez, sostuvo que ese punto negro sobre blanco pleno no conseguía salir de su estado *infantil* (“seminalidad infantil”) porque no lograba romper con ese miedo a ser bárbaro que subyace en las consciencias occidentalizadas y su “pobre individualismo”.⁸ Aquí, como en tantos otros aspectos, Kusch se mostraba deudor de las investigaciones de Carl Jung en torno a la psicología profunda y los arquetipos compartidos por la especie humana. Pero a diferencia de la tradición europea, por un lado se propuso identificar ambos paradigmas con sujetos históricos de su lugar y su tiempo; por otro lado, su reflexión filosófica –devenida antropológica y a la vez política- trascendió tempranamente la dualidad para proponer la tensa convivencia entre ambos polos o vectores a manera de motor de la historia. Entonces, observó el peligro de que ese motor pudiera “descomponerse” o “paralizarse” si se imponía un proyecto existencial que escindiera al vector racional del vector emocional, a la solución de la salvación, al cuerpo del espíritu, a la cabeza del corazón. El *pensar total*, afirmó entonces, debía implicar necesariamente a ambos vectores. Frente a esta necesidad, comprobó que los proyectos políticos fundacionales de nuestra región, bajo el influjo del positivismo,

6 En las investigaciones de Mircea Eliade -con quien Kusch muestra importantes puntos de contacto- esta dualidad se traduce en dos matrices culturales, la “tradicional” y la “moderna”, que implican o bien un cierre o bien una apertura hacia lo sagrado. (Eliade, 1998, p.42)

7 En la cosmovisión del indio Santacruz Pachacuti estudiada por Kusch en *América profunda* (1962), este tipo de integración de la dualidad puede asimilarse con la unión de los sexos en el dios Viracocha (2007b, p.34). La similitud, sin embargo, fue explicitada posteriormente, cuando en el apartado “Introducción a la Puna” de *Indios, porteños y dioses* (1966), señaló: “los antiguos quichuas (...) pensaban (...) que el sentido del mundo se repartía entre lo masculino y lo femenino, el *cari* y el *huarmi*, de la misma manera como los chinos distinguían entre el *yin* y el *yang*.” (2007a, p.152)

8 Tomamos la expresión del ensayo escrito por Jorge Luis Borges entre 1945 y 1946. Actualizaba allí los principios liberales que señalamos en Ortega y Gasset, enfrentándose a un nacionalismo que “quiere embelesarnos con la visión de un Estado infinitamente molesto” (Borges, 1998, p.58). Entonces calificaba a ese nacionalismo de “ilusorio” e “imaginario” y deslizaba comparaciones entre los argentinos y “los americanos del Norte”, o entre los argentinos y “casi todos los europeos”. A partir de este cotejo apuntaba, por ejemplo, que el argentino no se identifica con el Estado (puesto que “es un individuo, no un ciudadano”) y que “el mundo”, según la cosmovisión argentina, no es “un cosmos” sino “un caos”. Sobre el final, consumado su diagnóstico, disparaba:

Se dirá que los rasgos que he señalado son meramente negativos o anárquicos, se añadirá que no son capaces de explicación política. Me atrevo a sugerir lo contrario. El más urgente de los problemas de nuestra época (ya denunciado con profética lucidez por el casi olvidado Spencer) es la gradual intromisión del Estado en los actos del individuo; en la lucha con ese mal, cuyos nombres son el comunismo y el nazismo, el individualismo argentino, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontrará justificación y deberes (p.59).



se erigieron anulando la dimensión sagrada de la existencia; y que esta anulación trajo aparejada la mutilación de un hombre que rechazó al mito y acabó negando, en los desarrollos más avanzados del pensamiento (pos)moderno, la existencia misma de la historia como posibilidad de tramar relatos que otorguen significado a la experiencia compartida por los miembros de una comunidad. Asimismo, de acuerdo con lo expresado, la caracterización que Kusch hizo del pequeño burgués en tanto “intelectual” no fue unilateral como en Ramos sino más bien ambivalente, como se daba en el caso de Hernández Arregui. Pero a diferencia de éste, en el planteo kuschiano existe un principio de explicación acerca del porqué un mismo sujeto puede generar empatía o rechazo hacia los “sectores más desfavorecidos” o “clases inferiores” –por decirlo de algún modo- que Arregui identificaba con el término *proletariado*. Dicho principio, creemos, se deriva a su vez de la posibilidad de integrar o negar la propia *seminalidad* por parte de los sujetos letrados. En caso de ser negada, el individuo se encapsula en su miedo a ser ese bárbaro Otro que lo habita y, paradójicamente, no llega a ser plenamente él mismo. Si la integra, el individuo puede adentrarse en el horizonte simbólico que provee el salvacionismo emocional. El *pueblo*, en el pensamiento de Kusch, resulta así el símbolo que encierra los conceptos de lo masivo, de lo segregado, de la invalidez ontológica y de lo arraigado que, aunque se comprenda como lo opuesto a uno mismo de acuerdo a connotaciones de tipo cultural, participa desde lo más profundo de todo individuo. Kusch sostuvo, entonces, que el sujeto letrado también podía ser un *gestor*: una “semilla” “regada” y “abonada” que, adoptando palabras de Jorge Torres Roggero, ya no es un “sujeto biográfico” o una “inteligencia individual” sino el “sujeto de una acción en que el pueblo agota el fenómeno cultural como puro proyecto.” (Torres Roggero, 2005, p.75) La condición indispensable, agregamos nosotros recurriendo a la célebre expresión de Eduardo Galeano, es que no divorcie a la cabeza del cuerpo e intente una “fusión contradictoria, difícil pero

necesaria, entre lo que se siente y lo que se piensa.”⁹

El tercero en discordia como posibilidad de concordia

Podemos arriesgar, sin temor a exagerar o a deformarlo, que el pensamiento de Kusch estuvo volcado en buena medida a reflexionar sobre la constitución de un sujeto filosófico y político que se correspondiera con la conciliación de clases propuesta por el peronismo. En la doctrina de Perón, capitalismo y comunismo eran las dos caras de una misma cultura imperial materialista.¹⁰ Consecuentemente, los gobiernos justicialistas descartaron la lucha de clases para habilitar una *tercera posición* anti-imperialista asentada en una amalgama policlasista que tuviera como elemento aglutinante a la llamada *conciencia nacional*. Ya hemos visto que Kusch, como muchos pensadores de su tiempo, vio allí una sugestiva apuesta que encerraba otro problema de primer orden, pues no sólo la estructura económica del país se había constituido sobre un modelo agroexportador que acotaba el surgimiento y la consolidación de esa burguesía, sino también porque la superestructura cultural había instaurado un paradigma racionalista que llevaba a los sujetos pertenecientes a esa clase a abjurar del vector afectivo y renegar del Otro. Para Kusch, el núcleo del problema radicaba en que esa abjuración cercenaba una cualidad profundamente humana: la de inteligir con el corazón. En este sentido, sostuvo que si el único vector que cincelaba a una cultura resultaba ser el causal, quedaría abolida la posibilidad de generar empatía y las comunidades humanas estarían condenadas a su extinción. A la vez, se distanció de las

9 Citado en: Russo, 2015.

10 Reuniendo textos producidos en años precedentes, en el libro *La hora de los pueblos* (1973) Perón repasó los principios de su doctrina política para ubicarla como pionera de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. En ese marco, sostenía que:

(el) desarrollo intenso de la política internacional, dentro y fuera de los países, ha impuesto la necesidad de crear los instrumentos para manejarla y así han surgido las “Grandes Internacionales”. El capitalismo y el comunismo soviético no son sino dos de ellas, aparentemente contrapuestas pero, en realidad de verdad perfectamente unidas y coordinadas (Perón, 1982, p.28).



tendencias hegemónicas en el pensamiento occidental y sus diversos epifenómenos locales para advertir, en una primera instancia, que las sociedades (latino)americanas no habían atravesado procesos de hiper-tecnificación; por este motivo, la negación del vector afectivo se correspondería con una pequeña porción poblacional reconocible en los *civilizados* sujetos urbanos. Pero luego observó que este vector afectivo también se encontraba latente en los sectores minoritarios que corrían tras la “ficción ciudadana”. Entonces, comprendió que el histórico rechazo de esos sectores en relación a la *bárbara otredad popular* era la traducción política del rechazo a su propia dimensión afectiva. Sin embargo, tanto la presencia física de esa otredad popular como del vector afectivo en la constitución subjetiva de los sujetos “civilizados” se obstinaban en permanecer. Al constatarlo, Kusch propuso que para “ganar la salud”¹¹ (equilibrio psíquico de sujeto social) y “simular naciones”¹² (equilibrio político de la comunidad) era necesario conciliar ambos vectores. Lo cual era, ni más ni menos, una propuesta filosófico-antropológica que pretendía correr en fructífero paralelo con la conciliación de clases del justicialismo.

Referencias bibliográficas

- BORGES, J. L. (1998). *Otras inquisiciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- ELIADE, M. (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós.
- HEREDIA, P. (2014). *Las multitudes ululantes. Literatura y peronismo. Escritores e intelectuales en el 55*. Córdoba, Babel.
- HERNÁNDEZ ARREGUI, J. J. (1973). *Imperialismo y cultura*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- HERNÁNDEZ, P.J. (1997). *Peronismo y pensamiento nacional. 1955-1973*. Buenos Aires: Biblos.

- JAURETCHE, A. (2010a). *El medio pelo en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Corregidor.
- _____. (2010b). *Filo, contrafilo y punta*. Buenos Aires: Corregidor.
- KUSCH, R. (2007a). *Obras completas. Tomo I*. Rosario: Fundación Ross.
- _____. (2007b). *Obras completas. Tomo II*. Rosario: Fundación Ross.
- _____. (2007c). *Obras completas. Tomo III*. Rosario: Fundación Ross.
- ORTEGA Y GASSET, José. (1983). *La rebelión de las masas*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- PERÓN, J. D. (1982). *La hora de los pueblos*. Buenos Aires: Unidad Editora.
- RAMOS, J. A. (1954). *Crisis y resurrección de la literatura argentina*. Buenos Aires: Indoamérica.
- RUSSO, M. (2015). “Pensar desde/en la región”. Recuperado de www.miradasalsur.com.ar/2015/04/09/revista/pensar-desdeen-la-region/
- THACKERAY, W. M. (1976). *El libro de los snobs*. Madrid: Labor.
- TORRES ROGGERO, J. (2005). *Dones del canto – Cantar, contar, hablar: gotextos de identidad y poder*. Córdoba: Ediciones del Copista.
- ZUBIETA, A. M. (dir.). (2000). *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*, Buenos Aires: Paidós.

11 Tomamos la expresión del Exordio de *América profunda*, en donde planteó el problema de la “integridad mental” americana y su solución, consistente en “retomar el antiguo mundo para ganar en salud. Si no se hace así, -agregaba- el antiguo mundo continuará siendo autónomo y, por lo tanto, será una fuente de traumas para nuestra vida psíquica y social” (Kusch, 2007b, p.4).

12 Extraemos estos términos de *La negación en el pensamiento popular*, obra publicada en 1975 (ver Kusch, 2007c, p.628).